

# Madrid-Quito-Madrid.

## Familia transnacional un modelo de familia en el que nunca se termina de aprender

Carmen de la Fuente

Fiscal. Cartagena

testimonio

Nuestra familia comenzó a gestarse en la ladera del volcán Cotopaxi, una de las cumbres más altas de Ecuador. Juan y yo comenzamos allí un largo viaje, en el que ha habido muchas escalas, mudanzas, despedidas y nuevos proyectos, además de dos preciosas hijas, Jimena y Julia. Nuestra familia resulta así ser fruto del mestizaje de culturas y realidades, Ecuador y España, el aprendizaje de adaptarse a nuevos medios y la riqueza/fortaleza de reinventar a nuestra familia en cada lugar que nos acoge.

Cuando comenzamos nuestra relación de pareja, yo me sentía orgullosa y contenta de sabernos una pareja «híbrida». Desde el principio valoré en positivo la diferencia de nuestra pareja y, por tanto, de nuestra futura familia. Dos continentes, dos culturas

diferentes, América Latina y Europa, podrían hacer de nosotros un lugar de acogida, de apertura a la diversidad. Además, la mezcla aportaba el llamado «vigor híbrido», la fortaleza resultado de unir diferentes modos de ser y entender la vida. No anticipé, sin embargo, los retos que supone ser fruto de la mezcla.

La primera cuestión que se planteaba era dónde vivir. Cada uno de nosotros teníamos nuestra vida hecha en nuestro país. Formar una familia suponía deslocalizar nuestros respectivos proyectos por un proyecto común, eligiendo entre realidades y culturas muy diversas, a sabiendas de que al menos uno de los dos tendría que abandonar su lugar. Desde entonces hemos vivido la mayor parte del tiempo en España, aunque

también hicimos una pequeña parada en Ecuador.

Como familia hemos tenido que ejercitar la capacidad de sorpresa a lo diferente y, sobre todo, la generosidad de abandonar lo propio y conocido para abrirnos a la riqueza que trae el lugar común. No siempre ha sido fácil, ni como pareja, ni ante el mundo.

A nivel interno, la decisión del lugar dónde vivir ha planteado en cada momento grandes dosis de reflexión compartida sobre cual era nuestro proyecto de pareja y de familia, además de suponer un ejercicio constante de nuestra capacidad para el cambio. De hecho, sentimos que ese es uno de los caracteres que identifican a nuestra familia, vivir con la frescura de la provisionalidad y de la apertura al cambio.

Desde el principio vivimos la diversidad de nuestra pareja desde la normalidad, sin reparar en la trascendencia sociopolítica que tenía una opción como la nuestra. Ante los demás somos una familia migrante, expuesta a las dificultades que enfrentan los migrantes del mundo. Barreras legales, administrativas, laborales, culturales, afectivas, que a menudo se convierten en actos de discriminación. Cuando esto sucede, repentinamente la riqueza que resulta de la mezcla

se transforma en castigo por haber vulnerado el orden establecido que marca la línea y distancia entre norte y sur, entre ricos y pobres, entre blancos y mestizos. Todos los miembros de la familia nos vemos expuestos a esas formas directas e indirectas de discriminación, algunas sutiles, incluso invisibles, pero reales. En ocasiones, provienen de las personas más cercanas, incluso de nuestras familias y amigos. Como familia seguimos aprendiendo cada día a enfrentarlas y a defender nuestra dignidad. La de otros, también.

Social y políticamente nos preguntamos el impacto que tendrá en el futuro de nuestras hijas, ser mitad españolas, mitad ecuatorianas. En el presente momento de crisis económica y de valores, las reformas promovidas en muchos países de la Unión Europea y la proliferación y éxito en las urnas de partidos políticos que defienden propuestas xenófobas, nos generan gran inquietud sobre el futuro de nuestras hijas y sobre cuál será el lugar en el mundo que les asegure mayor respeto y consideración desde la igualdad.

En ese contexto conservar y alimentar los lazos con nuestras familias de origen ha sido fundamental. Ellas nos regalaron la raíz profunda, la guía que supone saber en cada momento de dónde

venimos y con qué apoyos contamos donde quiera que estemos. Aunque ambos hemos disfrutado de familias cercanas, hemos creído siempre en un modelo de familia que va más allá de los vínculos de sangre, incluyendo a aquellos amigos y amigas, que nos acompañan desde hace años como hermanos y testigos de nuestro caminar. Una familia entendida como comunidad fraterna, a pesar de la distancia física.

Desde el momento en que nos unimos como pareja hemos estado divididos. El nacimiento de nuestras hijas, eventos familiares como cumpleaños o bautizos, enfermedades familiares siempre serían vividos por uno de los dos en la distancia. En ocasiones, esa distancia resulta difícil de salvar por las trabas administrativas, en el caso de la familia de Ecuador. Sin embargo, la preocupación principal es cómo ayudar a que nuestras hijas sientan sus vínculos familiares en plenitud. Por suerte, las nuevas tecnologías facilitan la comunicación y el contacto familiar puede ser muy frecuente, pero eso no salva el contacto diario ni piel con piel. Milagrosamente la conexión abuela-nieta o entre primas a menudo se da de forma casi mágica, saltándose barreras físicas, de modo que aunque los encuentros se distancien en el

tiempo, el afecto siempre está vivo.

Sin embargo, por nuestra forma de entender la familia y por las vicisitudes de nuestra vida, hemos ido aprendiendo y enseñando a nuestras hijas la importancia de enraizarse en cada nuevo lugar en que uno se encuentre. Nuestra hija mayor, a los tres años de edad había vivido en dos continentes, dos países, cuatro ciudades y seis casas diferentes. En ese tiempo la experiencia nos enseñó la importancia de mantener los vínculos familiares y fraternos, pero también de apostar por crear familia en cada nuevo lugar. Hoy podemos sentirnos orgullosos de haberlo logrado. En cada ciudad hemos vivido la doble experiencia de acoger y ser acogidos.

Por ello creemos en familias abiertas, que sin perder sus lazos fundamentales, aceptan la posibilidad de construir nuevos afectos y proyectos de vida donde quieran que estén. Sólo desde esta clave es posible enfrentarse a alguno de los nuevos retos que la sociedad plantea a la familia hoy: superar el modelo de familia tradicional, superar la crisis de la familia como institución y superar modos de educar y criar basados en la rigidez.

A nivel global las situaciones de crisis económica, de conflictos bélicos

cos o de pobreza medioambiental, empujan a millones de personas a abandonar su hogar. Ya sean migrantes, desplazados, refugiados, viajeros, aventureros, todos ellos están en constante movimiento. En este contexto de inestabilidad, cualquiera que sea la razón, forzosa o voluntaria, la familia necesita reinventarse para seguir aportando la seguridad y confianza que las personas precisan para su desarrollo y plenitud. Nuevos modelos de familia, que superen el modelo de familia tradicional resultan necesarios. En todos ellos es imprescindible contar con una red de apoyo más extensa que la tradicional familia nuclear.

Como institución la familia está sufriendo una fuerte crisis de valor y de identidad. Sin embargo, constituye la piedra angular del carácter y de la identidad de las personas, además de espacio privilegiado de los aprendizajes esenciales de la vida. Esa crisis de identidad supone también una oportunidad para impulsar a la «nueva familia» como ente vivo. En nuestro país la familia está siendo para muchos el único sostén económico y emocional ante la situación de crisis económica. En este contexto, defender

su valor y apoyarle desde otras instituciones puede ser una gran oportunidad para revalorizar a la familia como tal.

Por último, la familia tiene como reto seguir siendo espacio de aprendizaje desde la dignidad, la igualdad y el respeto a la libertad de cada persona. Este mundo cambiante demanda personas con la flexibilidad y capacidad necesarias para adaptarse a los nuevos retos. Al tiempo restringe cada vez más los derechos adquiridos, cierra fronteras, somete a la persona frente al poder económico, por ello la crianza y educación de nuestros hijos resulta esencial. La familia hoy precisa de tiempos de calidad para criar a los hijos, firmeza para defender nuestros derechos y apertura para promover la educación desde valores como la dignidad, la igualdad y la solidaridad. Atrás han quedado los tiempos de rigidez, de exigencia, de sistemas educativos caducos basados en el conocimiento teórico. Es tiempo de ejercitar la capacidad de las familias para ser instituciones frescas, permeables, dispuestas a acoger la diversidad y hacerla suya. ■